EL SILLÓN VERDE MULLIDO

No estaba segura de que estuviera tomando la decisión correcta, es más prácticamente estaba segura de que estaba totalmente mal estar ahí. Que me dejaba convencer por mi orgullo, por sus trucos baratos y que pronto me arrepentiría y sería demasiado tarde. Sin embargo, me quedé junto a él, en su sillón verde olivo que siempre había odiado porque nada más te sentabas te hundías y era complicado pararse de él, su tela afelpada que si la acariciabas, peinando los pelitos, hacia un lado se tornaba más oscura y si la acariciabas en el sentido opuesto se aclaraba. Sus botones grandotes que fruncían los cojines por el centro.

Ese sillón, al igual que toda la decoración de su departamento había sido uno de los muchos indicios que al comenzar a salir con él me habían alertado que estaba metiéndome en aguas pantanosas. Todo, el sillón, los cuadros, su auto, su forma de vestir y su trato eran una combinación de mal gusto con pretensión, como copia de alguna revista que te dice cómo vivir, cómo sonreír, cómo ponerte la colonia.

Lo supe cuando nos presentamos, lo volví a saber cuando entré a ese departamento, y vaya que si lo supe pocas semanas, meses y un año después cuando su frialdad, la manera en que me dejaba humillar, me hacían sufrir. Recordar cómo sufría y aún más por lo que sufría me daba escalofríos ya a la distancia. Me había sorprendido a mí misma de lo que había sido capaz de tolerar, siempre me había considerado una mujer que tenía las riendas del caballo bien agarradas, pero ese hombre había tocado algunos aspectos sensibles, evidentemente y me las había quitado, haciendo relinchar al caballo embravecido.

Superarlo requirió de psicoterapia, de medicación, de mucho tiempo y de grandes amigos que no se dieron por vencidos. No obstante, estaba ahí, otra vez, en su cueva, en su jaula, en su trampa. Era una ratonera con un quesito esperando ser comido para que la trampa soltara su resorte, se accionara y cayera sobre de mi dejándome aplastada, inmovilizada, sofocada, con las vísceras reventadas y sin nada que hacer hasta mi último suspiro.

Ese pequeño quesito, diminuto, esa carnada prometedora pera insignificante, se había sintetizado en una llamada telefónica: “Güera, güerita, cómo te extraño, ¿por qué no vienes a visitarme y nos tomamos un té para platicar?” Yo pensaba asombrada, de verdad que soy tan tonta y eso es lo único que bastaba para que regresara después de tanto tiempo.

Sabía que Pepe estaba en una junta de trabajo y que no se desocuparía hasta las siete de la noche, eso me daba tres horas. No tenía porque enterarse nunca, pero yo lo sabría. Lo sabría en la noche cuando lo viera, cuando nos sentáramos a la mesa a tomar la cena y le preguntara como siempre que cómo le había ido en el día, lo sabría cuando él me preguntara, ¿y a ti?, y tuviera que mentir nerviosamente diciendo un pretexto estudiado que pudiera sonar factible. Fui a tomar el café con Mariana, fui a clase de yoga, estuve leyendo; lo sabría cuando él satisfecho por mi respuesta y sin dudar una pizca en mi sonriera y me abrazara y me dijera que nos fuéramos a la cama a ver un episodio más de la serie con la que estamos picadísimos en Netflix y lo sabría por siempre.

Tendría por el resto de mi vida la culpa de ese día en que no le dije a Pepe que necesitaba cubrir con una cuota del pasado. Pero ese día necesitaba más de la persona que me había hecho sentir menos, mediocre, inútil, que del hombre que me había hecho feliz cada día que había pasado junto a él. Necesitaba que me dijeran que me habían extrañado, que me abrazaran, que me dijeran que se habían arrepentido por dejarme.

Y ahí estaba yo esperando hundida en el sillón verde mullido esperando lo que nunca iba a suceder mientras él preparaba el té en la cocina.